

BIPOLAR [FRAGMENTO]

Adrián Cabrera Gómez

Escritor y teatrero

O, tras una larga hibernación, un corto pero trascendente periodo de *hiperacción*... también conocido como: ¡Teatro!

2.

Entra Yo vestido de oso bipolar mitad negro, mitad blanco. Corre en su sitio.
Ciudad de México, sábado 5 de agosto de 2023, 6:33 p. m.

Después de cinco años de estudiar en el Colegio de Literatura Dramática y Teatro, de atender a cada jueves de treinta baros al Centro Cultural Universitario, el Teatro Santa Catalina, y el Centro Cultural del Bosque, olvido que los sábados las obras no empiezan a las ocho, sino a las siete...

Miro mi reloj: 6:34 p. m. Y sigo corriendo.

Eso pasa cuando dejas de hacer algo por mucho tiempo.

Te olvidas. Lo olvidas.

Te olvidas de ello; y con ello también olvidas una parte de ti.

(Se detiene)

Me entristece pensar que, a pesar del amor que le tengas a algo, uno puede llegar a olvidarlo.

Me entristece la posibilidad de que un día de estos olvide cómo hacer teatro.

(Corre)

Tengo que estar a las 7:00 p. m. en el Teatro Orientación, también conocido como el Luisa Josefina Hernández, en el CCB, también conocido como Centro Cultural del Bosque. El único centro cultural que queda relativamente cerca de Azcapotzalco, de tres a siete estaciones del metro.

En mi caso, cinco. Abordo en Camarones. *(Pasa de lado...)*

Un torniquete.

Bajo corriendo las escaleras y justo en ese momento, como si hubiera estado esperándome, el metro emite su característico pitido.

PIROCROMIO

5

Vida Ursana #35

Corro lo más rápido que puedo.

Apenas ingreso en el vagón, las puertas se cierran detrás de mí.

Me siento Indiana Jones.

Nunca he visto Indiana Jones, pero sé que en momentos como este, cuando logras entrar de chiripa a algún lugar, lo natural es sentirse como Indiana Jones.

Cuando llegamos a Tacuba me agacho, porque hace unos meses le escupí a un policía en esta estación.

Me entristece tener que ocultarme en un lugar donde he vivido toda mi vida.

Toda mi vida he vivido aquí, en Azcapotzalco.

En realidad, he vivido en muchos lugares: Tepito, Xalapa, Toluca...

Pero siempre acabo volviendo a aquí: Azcapotzalco.

El lugar donde nací.

El metro deja la estación Tacuba. Pero, apenas me levanto, cruzo miradas con el policía que de inmediato me pinta el dedo...

Hago lo mismo, pero con estilo, de manera jocosa, como si mi mano fuera un juguete de cuerda y el dedo de en medio el payaso que de a poco se despliega de su interior.

Soy chintololo, que es el gentilicio de los Azcapotzalqueños.

Azcapotzalco quiere decir: lugar de hormigas.

Chintololo quiere decir: trasero de hormiga.

No porque haya muchas hormigas culonas en el sitio, sino porque los chintololos somos conocidos por nuestros buenos glúteos, rechonchos y redondos, como de hormiga.

(Se da la vuelta y agita su colita de oso)

Esto se los cuento porque estoy nervioso, pero también porque siempre es buen momento para presumir de una buena pompa, siempre y cuando esa pompa sea tuya.

Reviso el programa de pata que me dio mi amiga, de cuyas pompas evidentemente no voy a hablar, y caigo en cuenta de que no sólo el CCB, alias Centro Cultural del Bosque, o el Teatro Orientación, alias Luisa Josefina Hernández, tienen otros nombres.

También la obra en cuestión se llama Zurdo..., o Un vuelo.

Dato curioso: los osos no vuelan, pero pueden correr tan rápido como los caballos.

Las puertas del metro se abren en Auditorio, y yo corro, casi que vuelo.

Mi pata zurda adelanta a la diestra..., y viceversa.

Mi brazo derecho rebasa al izquierdo..., y viceversa.
Incluso el vaivén de mi nalga izquierda sigue a la derecha..., y viceversa.
Una y otra vez compito contra mí mismo.

Y mientras subo las escaleras sucede:

(Se congela)

Ese momento que te parece una metáfora de tu situación.

Y no me refiero exclusivamente al hecho de ir tarde a algún sitio, sino a eso de competir contra el tiempo, contra el mundo... pero sobre todo, contra uno mismo.

A ese sentimiento perenne de llegar tarde a tu propia vida, de no estar en el lugar correcto.

Ocurre siempre sin previo aviso, en el peor momento:

Ese segundo en el que, si esto fuera una película, la imagen se congelaría conmigo subiendo las escaleras, el sudor escurriendo por mi rostro, mientras una voz en off, mi voz en off, completamente calmada, antípoda de la situación, pronuncia:

(Voz en off:) Sí, ese soy yo. Quizá se pregunten cómo llegué aquí.

Yo, sí, tres minutos antes de que empiece la función... pero también ustedes, aquí y ahora, en este momento en el que al ver un oso contándoles su historia, se preguntan lo mismo:

“¿Cómo chingados llegué aquí?”

Y por consiguiente: “¿debería estar en otra parte?”

“¿Acaso estoy en el lugar correcto?”

Pero eso es lo mágico del teatro; que nos interpela, que nos interpreta, y si yo me pregunto...

(Voz en off:) ¿Cómo chingados llegué aquí?... una parte de ustedes también lo hace.

Porque, en el fondo, todos queremos saber si estamos en el lugar correcto, o si sería mejor dar media vuelta y salir corriendo.

Y, sin embargo, aun esa pregunta también es capciosa, porque, ¿quién entre todos los humanos sabe realmente dónde comienza una historia?

(Se congela)

Yo podría congelarme en este segundo, subiendo las escaleras, con el sudor escurriendo por mi rostro, mientras mi voz en off, completamente calmada, antípoda de la situación, profiere:

(Voz en off:) ¿Se preguntan cómo llegué aquí?

(En el fondo se proyectan las siguientes imágenes:)

Y mostrarles fotografías de aquella primavera, hace 66 millones de

años, cuando un meteorito de doce kilómetros se estampó contra la península de Yucatán, extinguiendo al 75% de las especies que en ese entonces poblaban la tierra, incluidos los dinosaurios, dando inicio a un largo y oneroso proceso evolutivo que, tras varios intentos fallidos, desembocaría en... en...

Esto:

Transporte subterráneo. Escaleras eléctricas.

Publicidad privada.

Pesticidas orgánicos.

Leche condensada.

Leche envasada.

Leche evaporada.

Leche vegana.

Leche de almendras con sus diminutas ubres de frutos secos.

Electrodomésticos de alta gama.

Taylor Swift.

La huella de carbono de los millonarios.

Mis botas que de tan gastadas ya no dejan huella.

Tiempos compartidos en el caribe.

Una soledad generalizada en tiempos de hiperconectividad.

La licuachela.

La licuachela de alta gama.

La casa de Toño. Su competencia directa: La casa de los abuelos.

La de los famosos.

La casa que nunca podré comprarme.

La crisis de vivienda en ciudad de México y, a la par,

la colonización de Marte.

Las últimas palabras de una sonda espacial.

La humanidad, pues, con todos sus pros y sus contras,

y, entre todos los humanos, yo, tratando de llegar a una obra de teatro.

Aunque también podría detenerme en esta imagen, y que la voz en off dijera...

¿Se preguntan cómo chingados llegué aquí?

Y, a continuación, cantarles ese fragmento de Jorge Drexler que dice:

(Suena El plan maestro y canta:)

Corría la Era del Mesoproterozoico

cuando aquella célula visionaria

en un acto inaudito, tirando a heroico

tuvo una idea revolucionaria:

cansada ya de dividirse sola vio con buenos ojos a otra célula vecina.
Decidió mezclarse, aprendió a reírse,
y nació aquella historia del huevo y de la gallina.
Dato curioso: las gallinas descienden del T-Rex, por lo que el primer dato verídico, verídico, tampoco era: el meteorito no extinguió a los dinosaurios.
Los hizo chiquitos.
Esta ciudad suele tener el mismo efecto en sus habitantes. Pero, para el caso, la voz en off también podría decir:
(Voz en off:) ¿Se preguntan cómo llegué aquí?
(En el fondo se proyectan las siguientes imágenes:)
Y a continuación mostrarles fotos de mi tataratataratata abuelo preguntándose, como todos nosotros, si está en el lugar correcto, respondiéndose que no, y migrando de una costa de Asia hacia Ciudad de México.
Porque, repito, ¿quién en esta inmensa ciudad sabe realmente dónde comienza una historia?
(...)